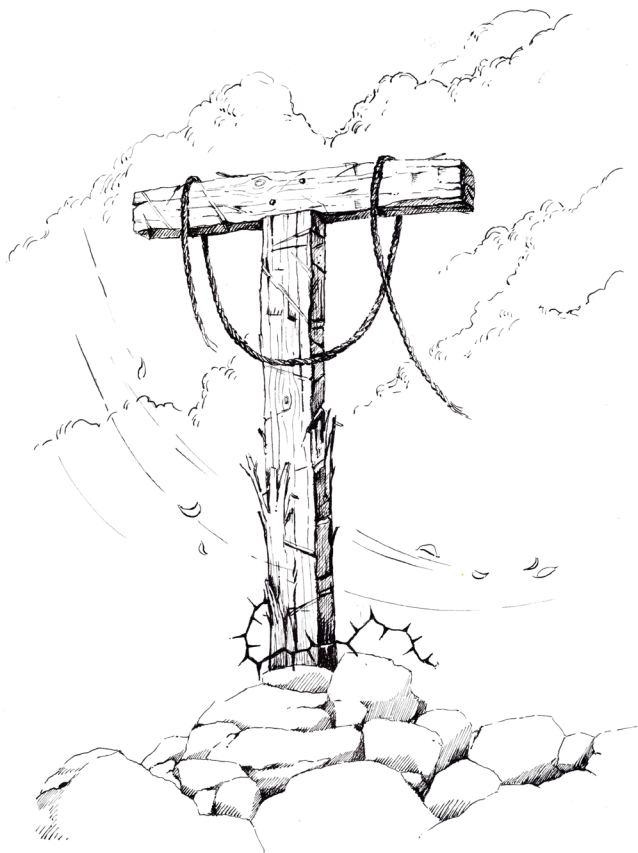


EL ENEMIGO QUE LLEVAS DENTRO

**Una exposición clara
y honesta sobre el
poder y la derrota
del pecado**

Kris Lundgaard



*Pero jamás acontezca que yo me glorie, sino
en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por
el cual el mundo ha sido crucificado para
mí y yo para el mundo.*

Gálatas 6:14

© 2024 by P&R Publishing

Traducido del libro *The Enemy Within: Straight Talk about the Power and Defeat of Sin*, Revised Edition © 2023 por Kris Lundgaard, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo del publicador P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

El texto bíblico indicado con (NTV) ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Citas de las Escrituras marcadas como (NVI) están tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas de las Escrituras marcadas como (RVR1960) están tomadas de la Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas, y se puede usar solamente bajo licencia.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México

Ilustración: Lenka Knoetze, Stellenbosch, Sudáfrica

Diseño de portada y maquetación de las páginas: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

ISBN: 979-8-88779-032-9 (español)

ISBN: 979-8-88779-033-6 (ePub española)

ISBN: 978-1-62995-955-9 (inglés)

Impreso en los Estados Unidos de América

Se han solicitado los datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso y están disponibles en la Biblioteca del Congreso.

CONTENIDO

Prefacio a la edición revisada	7
Prefacio a la primera edición	9
Agradecimientos	13

PRIMERA PARTE: EL PODER DEL PECADO EN SU IDENTIDAD

1. La maldad que habita en mí	17
2. El brazo largo de la ley	27
3. La casa embrujada	35
4. Diferencias irreconciliables	43

SEGUNDA PARTE: EL PODER DEL PECADO EN SU FORMA DE ACTUAR Y EN SUS EFECTOS

5. Los secretos del oficio	51
6. Cuando nos dejamos llevar	59
7. Nada de ocio	67
8. Ama a Dios con toda tu mente	77
9. En el anzuelo	87
10. La maculada concepción	95
11. Arrastrado por la corriente	105

**TERCERA PARTE:
EL FÉRETRO DEL PECADO**

12. Un trasplante de médula	119
13. Una paz difícil	125
14. Unidos contra la carne	133
15. Una fe letal	145

PREFACIO A LA EDICIÓN REVISADA

Después de unos meses de la publicación de *El enemigo que llevas dentro*, mi editor me envió una fotocopia (eso te revela hace cuánto tiempo fue esto) de la primera reseña de mi libro. Ahora mismo, no puedo encontrarla, pero recuerdo bien las reservas del crítico. Comentó que el autor se había enfocado en la lucha individual contra la carne y que había descuidado por completo la parte colectiva. Tenía razón y esa fue una de sus debilidades. A partir de entonces, dije que, si tuviera la oportunidad de revisar el libro, intentaría arreglar aquello.

Mi libro estaba basado en los escritos de John Owen sobre el pecado y, en esos libros, no describe las armas colectivas contra la carne, de manera que, sin su «autorización», no consideré justificable incorporar contenido adicional en una revisión. Sin embargo, el verano pasado, me encontré con una cita del tratado de Owen sobre la apostasía en el que menciona la necesidad de la mortificación del pecado. Él les dice a sus lectores que ya les ha escrito sobre este tema y que, si no pueden encontrar nada mejor, deben leer sus discursos sobre el pecado. No obstante, en seguida agrega que, si no logran mortificar por su propia cuenta algún pecado especialmente arraigado, «no deben postergar el informarle a algún *guía espiritual capaz* de su estado y condición». ¹ A continuación,

1 John Owen, «Nature and Causes of Apostasy from the Gospel», en *The Works of John Owen* (Las obras de John Owen), vol. 7, Sin and Grace (Edimburgo: Banner of Truth Trust, 1965), 239, énfasis original.

cita Santiago 5:16 y recomienda la práctica de la confesión mutua y afirma que a menudo ha «hecho huir de inmediato las fuerzas del pecado en el alma».²

Resultó ser que, cuando pensé en añadir un capítulo a *El enemigo que llevas dentro*, esta «arma colectiva» que tenía en mente fue la confesión mutua de pecado. Mi inspiración fue el último capítulo de *Vida en comunidad* de Dietrich Bonhoeffer. Él me ayudó a entender por qué es tan efectiva la confesión mutua contra el pecado.³

Convencido de contar con la aprobación de Owen, pregunté a P&R si era buen momento para una edición revisada. Les agradó la idea y, además de agregar un capítulo, me he dado la oportunidad de hacer algunos cambios estructurales y estilísticos también.

2 Owen, 239.

3 Otros también me han ayudado en esto: ver William R. Edwards, «Sanctification: A Pastor's Labor for the Obedience of Faith», en *Theology for Ministry: How Doctrine Affects Pastoral Life and Practice* (, eds. William R. Edwards, John C. A. Ferguson y Chad Van Dixhoorn (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing, 2022), 271-273.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

«Si Dios me ha redimido del pecado, me ha dado Su Espíritu Santo para santificarme y me ha fortalecido contra el pecado, ¿por qué sigo pecando?» Esta pregunta me ha asolado durante toda mi vida de fe. En mis momentos más bajos, me ha producido desesperanza y también ha oscurecido mis momentos más brillantes.

A finales del verano de 1996, descubrí algo útil, algo que me dio esperanza. El nombre de John Owen había aparecido aquí y allá con los años, en especial al leer los libros de J. I. Packer.¹ Había evitado a Owen porque sabía, gracias a las pocas lecturas de sus libros que llevamos en el seminario, que resultaría lento y difícil. Sin embargo, cuando mi propia impotencia ante mi santificación me pareció evidente, todos los obstáculos se desvanecieron y comencé a leer mi empolvada copia de *El pecado remanente: Su naturaleza, poder, engaño, y prevalencia*.²

Durante las semanas siguientes, avancé lentamente entre la compleja sintaxis de Owen y su vocabulario anticuado y me tomaba una hora entera para cubrir unas ocho o diez páginas. Tuve que leer cada oración dos, tres o hasta cuatro veces, leer las referencias bíblicas, revisar mi diccionario para encontrar palabras en desuso y subrayar cerca del ochenta por ciento de lo que leí. Para mi mente,

1 *En pos de los puritanos y su piedad* (EE. UU. Publicaciones Faro de Gracia, 2020); *El renacer de la santidad* (Caribe, 1995); *Caminar en sintonía con el Espíritu* (Andamio, 2017).

2 John Owen (Lima, Perú, Teología para Vivir, 2021).

fue el equivalente de cavar una mina con un pico y una pala. Sin embargo, encontré oro en el camino... y no solo algunos puñados de polvo de oro, sino la veta principal.

El oro que descubrí fue la esperanza, un amor renovado por Cristo y un acercamiento a la santidad por medio de la fe en Él. A lo largo del camino, me vi asqueado por causa de mi propio pecado, pero, al mismo tiempo, también elevado hacia la cruz en busca de libertad. Cuando terminé de leer *El pecado remanente*, no esperé ni un segundo para ir a la librería y comprar *La mortificación del pecado*. Para entonces, toda mi perspectiva en cuanto a la santidad había cambiado y creía que, por la gracia de Dios, podría resistir hasta el punto de derramar sangre si buscaba la gloria de Dios en el rostro de Cristo (Heb 12:1-4).

Mi corazón anhela compartir este gozo. Una y otra vez, en grupos pequeños y en conversaciones de discipulado, he escuchado mi propia pregunta angustiada («¿Por qué sigo pecando?») de labios de mis amigos. Sé que la exposición de las Escrituras que nos ofrece John Owen es precisamente lo que todos necesitamos escuchar, pero también sé que pocos se darán a la tarea de desmenuzar su pesadísima prosa, por más pasión que demuestre al recomendarlo. El viaje de vuelta al siglo XVII es demasiado largo, de manera que he decidido traer a Owen al siglo XXI.

Mi objetivo no fue resumir a Owen, como otros lo han hecho,³ sino más bien secuestrarlo. Por la fuerza, lo he hecho mi coautor y, juntos, hemos escrito un nuevo libro. Él aportó su preciosa exposición, sus bosquejos, sus argumentos y sus ilustraciones y yo contribuí con experiencias críticas reales (como transplants de médula ósea y desarmadores torx) en mi intento por transportar su profundo entendimiento de la Biblia a nuestro mundo.

Mi meta puede expresarse en una oración que tomé del final del propio prefacio de Owen a *La mortificación del pecado*:

3 Aprecio y recomiendo de forma especial los libros de R. J. K. Law, *The Glory of Christ* (La gloria de Cristo) (Edimburgo: Banner, 1994) y *Communion with God* (Comunión con Dios) (Edimburgo: Banner, 1991).

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Con toda sinceridad, puedo decir que el anhelo de mi corazón delante de Dios y el propósito principal de mi vida en la posición en que me ha colocado la buena providencia de Dios, es que la mortificación y la santidad universal sean promovidas en mi propio corazón y conducta y en las de otros, para la gloria de Dios; esto con el objetivo de que el evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo sea adornado en todas las cosas: si el resultado final de este pequeño discurso [...] es de alguna manera útil al más pequeño de los santos, lo consideraré un digno retorno de las débiles oraciones que por él fueron elevadas por su indigno autor...

Kris Lundgaard

AGRADECIMIENTOS

Este libro es más claro de lo que pudo haber sido gracias a los siguientes conejillos de indias: Eric Hoxworth, James Lines, Randy Scott, Geof Smith, el grupo de jóvenes de último año de la University Presbyterian Church y un paciente grupo de educación para adultos (Brea Smith, Mark y Pam Pflieger, Ed Emerick, Scot Horne, Ed y Patty Hughs, Charlene Hoskins, David Smith y Johnnie Coble).

Paula Lundgaard, Charlene Hoskins y Ed y Patty Hughs leyeron y reflexionaron, me criticaron y me alentaron. El Dr. Ed Hoskins aclaró y corrigió mis ilustraciones médicas (no pude usar las anécdotas médicas del siglo XVII de John Owen porque no sé a ciencia cierta qué es la bilis ni los humores). El pastor John Picket dialogó conmigo acerca de la santificación hasta que ambos entendimos mejor de lo que estábamos hablando.

Thom Notaro, editor de P&R, le dio al manuscrito una buena revisada y lo pulió; por su parte, Barbara Lerch me ofreció un aliento extraordinario.

J. I. Packer, aunque no me conoce, recibe el crédito por presentarme a Owen en su clase sobre puritanos ingleses en el Reformed Theological Seminary y por medio de sus frecuentes exposiciones de Owen en sus libros.

Estoy agradecido con P&R por permitirme revisar el libro después de tanto tiempo. Varios buenos amigos leyeron el nuevo capítulo de la edición revisada y me ayudaron a refinarlo: Mark Cary, John Pickett, Quinn Hill, Eric Landry, Eric Manthei, Paul

McDonald, Randy Scott y Geof Smith (es notable que John, Randy y Geof hayan ayudado con el manuscrito original hace veinticinco años). El dibujo de mi amiga Lenka Knoetze, *El maldito maldito*, que aparece al inicio, ofrece reflexión sobre el sufrimiento del Señor y nuestro llamado. Dave Almack, Amanda Martin, Aaron Gottier y el equipo de P&R me animaron y desafiaron; no puedo imaginar escribir un libro sin ambas cosas.

Si John Owen siguiera vivo, tal vez se vería tentado a demandarme por haber robado tanto de su material. Me disculparé y se lo agradeceré cuando lo vea en la gloria.

Todos hemos trabajado juntos *solí Deo gloria*.

PRIMERA PARTE:
EL PODER DEL PECADO EN SU IDENTIDAD

Ya hemos conocido al enemigo: y, somos nosotros.

—Pogo

LA MALDAD QUE HABITA EN MÍ

Dios, ayúdame a soportarme a mí misma;
El peso más grande que podría llevar,
El peso inalienable del dolor.

—Christina Rossetti

Me siento igual

Lo único que quería hacer era sorprender a mi esposa.

Desde que nos mudamos a nuestra casa, hace casi un año, el asidero de la puerta del refrigerador había estado del lado equivocado. Yo había postergado la tarea por causa de mi torpeza con las labores mecánicas. Sin embargo, esa tarde de jueves, mientras mi esposa estaba en el trabajo, me propuse redimirme y solucionar el problema.

Iba a la mitad del trabajo. Ya había quitado la puerta del refrigerador y del congelador y quería volverlas a colocar pronto para que no se echara a perder la comida. Estaba en el paso vital de pasar las bisagras del lado derecho al lado izquierdo del refrigerador cuando me di cuenta de que cada bisagra estaba fijada con dos tornillos de seguridad torx. Dos ridículos tornillos de seguridad torx. Y solo había una cosa en el universo que podía extraer (de modo seguro) uno de estos tornillos: una punta de desarmador torx.

Yo no tenía una punta de desarmador torx.

Justo en ese momento, mis tres hijos decidieron agregar su Espectáculo Andante de Rivalidades Fraternalas a mi frustración. Perdí los estribos. Me desquité con ellos, aunque no lo merecían. Me miraron como si fuera un monstruo proveniente de Alfa Centauri que balbuceaba en una lengua extraña.

En medio de mi estallido, pude verme desde afuera. Percibí mi rostro enrojecido y desfigurado mientras les gritaba a mis queridos hijos y, en seguida, supe que estaba haciendo algo equivocado. De manera que me detuve y les pedí perdón, ¿cierto? Pues, no. Algo se había apoderado de mí. Fue como si un alienígena hubiera invadido mi cuerpo y me estuviera obligando a hacer su voluntad. Mis hijos huyeron de delante de mí ira y pasó bastante tiempo antes que yo recobrarla la cordura y la consciencia y me humillara delante de ellos y les pidiera perdón.

Durante los siguientes días, me sentí como perrito regañado. ¿De verdad era tan malvado? ¿Cómo pude lastimar a mis hijos de esa manera? ¿Les había hecho un daño irreparable? ¿Me perdonarían? ¿Me perdonaría Dios?

¿Te ha sucedido algo similar?

Cuando leo Romanos 7, me consuela saber que Pablo se sintió igual.¹ Él me ayuda a entender mi locura y me da algunos términos descriptivos útiles para esta: «la ley del pecado» (Ro 7:23), «este cuerpo de muerte» (v. 24), «mi carne» (v. 18), «el pecado que habita en mí» (v. 17), llanamente «el pecado» (v. 11) y «la ley del pecado y de la muerte» (8:2). Algunos teólogos lo llaman el *pecado inherente*. Utilizaré todos estos términos de forma intercambiable, pero, sin importar cómo lo llamemos, es el enemigo de Dios y de

1 Romanos 7 ha sido interpretado de muchas maneras diferentes, pero estoy convencido de que Pablo está describiendo la experiencia de un creyente, no de un incrédulo. Para ver más opiniones de buenos autores, ver J. I. Packer, *Keep in Step with the Spirit (Caminar en sintonía con el Espíritu)* (Old Tappan, NJ: Revell, 1984), 263-270 y John R. W. Stott, *Men Made New: An Exposition of Romans 5-8 (Hombres nuevos: un estudio de Romanos 5-8)*, ed. estadounidense (1966; Grand Rapids: Baker, 1984), 71-75.

nuestra alma.² El primer paso para combatir a este enemigo es conocerlo, y conocerlo bien. Este es mi objetivo en este libro.

El fundamento de nuestro conocimiento del poder del pecado inherente en la vida del creyente queda sentado en la experiencia del propio Pablo. Él sufrió tanto en la batalla que, a veces estuvo a punto de tirar la toalla, clamando al borde de la derrota (Ro 7:23-24). Sin embargo, al sonar la campana, se levantaba y llegaba a someter a su enemigo con la mano en alto, listo para recibir «la corona de justicia» (2 Tim 4:7-8).

Cuatro verdades fundamentales

Si queremos tener victoria sobre la carne, tendremos que seguir a Pablo en la batalla. Cuando lo hacemos, descubrimos las mismas cuatro verdades que lo hicieron humilde en medio de la lucha, expresadas todas en un solo versículo: «Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal está presente en mí» (Ro 7:21).

El pecado que habita en nosotros es una «ley»

La «ley» a la que Pablo se refiere es lo mismo que él llama «el pecado que habita en mí» (v. 20) y la «ley en los miembros de mi cuerpo» (v. 23). Este es el pecado remanente al que nos referimos. ¿Por qué, pues, lo llama una ley?

Pablo usa la ley como una metáfora. El término *ley* expresa el poder, la autoridad, la atadura y el control que el pecado manifiesta en nuestra vida y, además, tiene un toque de ironía. Desde antes en este capítulo, ha escrito sobre la ley *de Dios*, que debería gobernar nuestra vida; sin embargo, es la ley del *pecado* lo que parece ganar muchas de las batallas frente a frente ¿acaso pudo

2 Existen otros dos enemigos: el mundo y el diablo. No trataré con estos de formas explícita, pero, ya que ambos apelan a nuestra carne (al pecado inherente) para poder funcionar, toda victoria sobre carne también los debilitará a ellos.

escoger un contraste más sorprendente para describir la fuerza letal del pecado?

Meditemos en esta metáfora durante un momento. Podemos pensar en la ley como una regla moral que dirige y manda que hagamos lo que requiere («Honra a tu padre y a tu madre») o que no hagamos lo que prohíbe («No pasar»). Una ley también nos mueve a obedecer al ofrecernos una recompensa («para que tus días sean prolongados en la tierra») o bien nos obliga a someternos mediante amenazas de castigo si desobedecemos («Multa de quinientos dólares por violación de la propiedad privada»).

También podemos pensar en la ley en el sentido al que nos referimos cuando hablamos de las «leyes de la naturaleza». La gravedad, por ejemplo, nos conforma de forma perfecta a lo que nos «ordena». Es una ley, no como una idea o un precepto externo, sino como una fuerza que puede hacer que los objetos «obedezcan» su «voluntad». En este sentido, todo instinto y tendencia en nosotros es una ley. El hambre es una ley, como también lo son la sed, el deseo sexual y el temor. Todas estas nos incitan a cumplir sus exigencias y nos mueven por la fuerza a someternos a ellas.

El pecado inherente funciona precisamente de esta manera: nos seduce, nos amenaza y hasta nos hostiga. Por lo tanto, Pablo lo llama una ley para hacernos ver que tiene un gran poder, incluso en la vida de los creyentes, y que obra de forma constante para conformarnos a su molde malvado.

Esto exige la pregunta: «¿En qué sentido ha derrotado Cristo el pecado en el creyente?». La respuesta es que ha derrocado su gobierno, debilitado su poder y hasta extraído su raíz, de manera que no puede producir fruto de muerte eterna en un creyente. Sin embargo (y esto es asombroso, pero verdadero), el pecado es el pecado; su naturaleza y propósito no cambian; su fuerza y su éxito intentan controlarnos.

Existe una analogía entre nuestra santificación y la venida de Cristo a la tierra. En Su primera venida, instauró el reino, de manera que ya está reinando, ha derrotado al dios de este siglo y está sentado en el trono a la diestra del Padre. Sin embargo, la oposi-

ción continúa y la batalla sigue constante. En Su segunda venida, consumará el reino y eliminará de él a todos Sus enemigos. De manera similar, nuestro nuevo nacimiento es la primera venida de Cristo al alma: Él reina en verdad en nuestro corazón, pero el enemigo derrotado permanece y la batalla continúa. Nuestra glorificación después de la muerte es la segunda venida de Cristo al alma, cuando todo rastro de la ley del pecado será eliminado.

Hallamos esta ley presente en nosotros

Pablo había escuchado historias de terror sobre el pecado toda su vida. Había visto incontables dedos huesudos apuntados hacia su cara que le advertían del poder del pecado. No obstante, en Romanos 7:21, avanza de la cómoda teoría a una experiencia desconcertante: el *halla* que esta es una ley. Una cosa es sentarse en un grupo y hacer crítica de disertaciones sobre el pecado original; otra muy diferente es hallarse a uno mismo sometido por su fuerza y locura. Es una cosa sentarse a escuchar una conferencia sobre la forma en que el cáncer se extiende en el cuerpo y sobre sus efectos en él y sobre cómo llega el punto en el que ya no hay vuelta atrás, pero es muy diferente escuchar a tu médico decirte: «Tienes cáncer de páncreas de etapa IV».

Pocas personas comprenden en verdad la ley del pecado. Si más de nosotros lo hiciéramos, nos quejaríamos más de esta en nuestras oraciones, lucharíamos más contra ella y hallaríamos menos de su fruto en nuestra vida. Cuando encontramos esta ley en nosotros, el clamor de Pablo, «¿Quién me libertará?», resuena hasta en nuestros huesos.

Los creyentes son los únicos que pueden hallar la ley del pecado obrando en ellos. Los incrédulos no pueden sentirla. La ley del pecado es como un río embravecido que los mueve en su corriente; no pueden medir su fuerza porque se han rendido a la corriente y son arrastrados por ella. Sin embargo, los creyentes nadan contracorriente: se enfrentan de lleno con el pecado y luchan bajo su tiranía.

Hallamos esta ley en nuestro mejor momento

Pablo descubrió que esta ley obraba en él incluso cuando quería hacer lo correcto, no solamente en momentos de recaída e indiferencia a las cosas de Dios. Estaba consciente de ella incluso cuando más anhelaba servir a Dios, cuando su mente estaba puesta en obedecer a su Salvador y rey, cuando Cristo gobernaba en su corazón.

Aunque la ley del pecado obra desde adentro y embosca a los creyentes en sus mejores momentos, no es su dictadora. Por más poderosa que sea, no gobierna su corazón. Los creyentes marchan a un compás diferente; Pablo afirmó: «yo [quiero] hacer el bien» (Ro 7:21). Los creyentes desean agradar a Dios, darle gloria, servir a Su pueblo y dar honra a Su nombre. Por la gracia de Dios, el deseo de obedecerlo prevalece de forma normal en nosotros, aún a pesar de este traicionero enemigo que llevamos dentro.

Aunque la gracia de Dios prevalece en nosotros de ordinario, en esta vida nunca lo hace de forma perfecta (Gl 5:17). Incluso en nuestros momentos de más amor y humildad, un toque de orgullo se entromete para distorsionar nuestras obras más justas. Por lo tanto, debemos vivir en dependencia continua y absoluta de Cristo.

Juan describió el corazón del creyente renovado por Cristo y que está bajo Su gobierno: «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios» (1 Jn 3:9, NVI). Las frases «practica el pecado» y «seguir pecando» significan hacer del pecado algo constante. El creyente tiene ahora una nueva naturaleza: «la semilla de Dios permanece en él». Esta nueva naturaleza no puede estar en paz con el pecado. Esto distingue a los creyentes en sus *peores* momentos de los incrédulos en sus *mejores* momentos. Incluso cuando el creyente cae y parece estar siendo atosigado por el tirano del pecado, su nuevo corazón aborrece el pecado y no puede estar en paz hasta que este es destruido. Sin embargo, incluso los incrédulos que parecen en la superficie ser bondadosos y respetables se entregarán al pecado si Dios quita Su

gracia restrictiva; el Espíritu de Dios y el nuevo nacimiento son esenciales en la lucha contra el pecado.

Esta ley nunca descansa

Como la gracia de Dios gobierna en el corazón del creyente, nuestro deseo es hacer el bien. Podemos describir esto de dos maneras diferentes. Primero, tenemos un deseo general y constante de agradecer a Dios (Ro 7:18). Segundo, hay momentos en que tenemos en mente una tarea específica que queremos realizar, como pasar tiempo en oración en privado o darle a Dios una décima parte de nuestro ingreso («queriendo yo hacer el bien», v. 21). La ley del pecado se opone a ambas cosas.

La «ley del pecado y de la muerte» está en constante lucha contra el anhelo general del creyente por agradecer a Dios (vv. 14-15). Sin embargo, el pecado va más allá: cuando nos proponemos hasta el más pequeño servicio a Dios, el pecado nos ataca precisamente en ese punto («el mal está presente en mí», v. 21) y nos vuelve perezosos y distraídos cuando quisiéramos orar o tacaños y ambiciosos cuando quisiéramos dar.

¿No te sientes a veces como el Dr. Jekyll y el Sr. Hyde? Todo creyente que también es pecador (es decir, todo creyente) se siente a veces así. «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues estos se oponen el uno al otro, de manera que ustedes no pueden hacer lo que deseen» (Gl 5:17).

¿Quién me libertará?

Nuestra sabiduría

Estamos en el comienzo de nuestra guerra contra la carne. Entender estas cuatro verdades sobre el pecado inherente es equivalente a armarnos contra él. En nuestra lucha contra el pecado, solo hay algo más importante que entender que estas cuatro verdades: la gracia libertadora y justificadora de Dios, comprada por la sangre de Cristo a nuestro favor. La gracia de Dios en Cristo y la ley del

pecado son las dos fuentes de toda nuestra santidad y pecado, de nuestro gozo y aflicción, de nuestro refrigerio y dolor. Si hemos de caminar con Dios y glorificarlo en este mundo, necesitamos afirmarnos en esta gracia en contra del pecado.

Supongamos que existe un reino que alberga dentro de sus murallas a dos grandes ejércitos en oposición. Los súbditos del rey están peleados; siempre discuten y planean fechorías contra el otro. Si el rey no es sabio, su reino terminará destruido. La ley del pecado y la ley del Espíritu de vida (Ro 8:2) son enemigos mortales en nuestro interior. Si no somos sabios en lo espiritual para administrar nuestra alma, ¿cómo no terminaremos hechos un desastre?

Sin embargo, muchos de nosotros vivimos en oscuridad e ignorancia respecto a nuestro propio corazón. Vamos al médico de forma rutinaria para revisión; escogemos lo que comemos y vamos al gimnasio cuatro veces por semana para mantener en forma nuestro cuerpo. No obstante, ¿cuántos prestamos la misma atención a la salud de nuestra alma? Si es importante vigilar y cuidar nuestro cuerpo, que pronto se convertirá en polvo, ¿cuánto más importante es proteger nuestra alma inmortal?

Es sabio conocer el pecado remanente, aunque sea humillante y desalentador, si tenemos el más mínimo interés en descubrir lo que agrada al Señor (Ef 5:10) y evitar todo lo que entristece al Espíritu Santo (Ef 4:30).

Preguntas para reflexionar y dialogar

1. Lee Romanos 7:14-25. ¿Qué frases describen tu propia experiencia?
2. ¿Puedes pensar en maneras en que la ley del pecado ofrece recompensas por obedecerla y amenaza con castigos por ignorarla? (Veremos más de esto en el siguiente capítulo).
3. Considera un momento cuando «encontraste» la ley del pecado en ti, cuando te pareció que se apoderaba de ti y te

forzaba a hacer su voluntad, en contra de la tuya propia.
Describe cómo sucedió desde tu propia perspectiva.

4. ¿Qué crees que es lo más frustrante de tener el pecado en tu corazón?
5. Si es verdad que la ley del pecado que habita en ti nunca descansa, ¿qué esperanza tienes?
6. Lee Lucas 12:15 y Mateo 26:41. Al considerar este capítulo, describe la diligencia diaria que necesitas para hacer caso a las advertencias de Jesús.
7. ¿Qué esperas obtener en el estudio de este libro? Escribe una oración donde le pidas a Dios que lo haga realidad en tu vida.